

SI ELLAS ME DICEN VEN

Aquí hay un impostor y no miro a nadie. Porque de la docena de libros que he prologado, es el primero que perpetro y abro plaza cuya autoría tiene nombre de mujer. Y donde la propia mujer y la presencia femenina protagonizan desde el primer verso al último del libro. Aquí hay un púdico impostor y no miro a nadie. Porque el abajo firmante, que se pone rojo por todo (así que no pudo bailar a fin de curso con la chica que quería), católico, apostólico y romano (en serio), que en broma y por molestar algunas veces dice que sólo cree en Dios y en César Augusto Lendoiro, que ha coincidido un par de veces con Fátima Frutos (y que en ambas le ha impactado su tremenda vitalidad y fuerza viva), yo, digo, tengo el tremendo honor de saludar estas páginas, este poemario de una mujer, Fátima, con onomástica de marianas apariciones y meta de peregrinación, de resonancias tan cristianas como musulmanas.

Creo que nuestra autora, Fátima Frutos (San Sebastián, 1972), hubiera dado su tiempo actual por personificar a alguna de aquellas monjas budistas de la antigüedad, mujeres sabias que camino de la liberación y la iluminación compusieron el *Therigatha*. Pero quiero creer también, lo creo de veras, que ella lo es en su tiempo real. A sabía me refiero, con la *s* que tanto le gusta. Muestra de ello sus anteriores entregas: *De carne y hambre*, *Andrómeda encadenada*, *Epitafio para una odalisca* o *En brazos de la belleza*, pongo por caso.

Pero al grano porque seguro que con este título, *Monjas, putas y locas*, alguno ya se me ha escandalizado. Por si le sirve de consuelo, a mí lo que me escandaliza es la mala poesía, la mayor parte de lo que se escribe hoy día y ayer mismo. La buena literatura, por muy carnal y corporal como la presente, aunque no descubro nada con esto, lo único que no deja es indiferente a nadie. Para reputación dudosa, la de los malos poetas. Y no, no voy a caer en el mal gusto de aconsejar leer los poemas con una sola mano.

Hace años, en petición a una Poética, justifiqué la elección de unos versos propios *porque, como las fotos, los poemas me gustan con gente. No me gusta la excesiva poesía en poesía, decir por decir nada. En los versos tiene que pasar algo y pretendo que en los míos pase.* Y en ello me encuentro ahora, ante un libro de poemas con gente y con desgarros, un poemario de escenas y arrebatos, protagonistas con su nombre (temporal o religioso), con sus propios anhelos, misticismos, sueños húmedos o secos, que gozan y padecen y donde pasan cosas. Digamos, permitan el símil pictórico, de unos lienzos sin naturalezas muertas. Un libro donde la autora se siente cómoda en el recurso de apropiarse de otras voces para dar voz a la propia, como ya lo había demostrado, por poner dos ejemplos, y no únicos, en su *Andrómeda* o en su *Epitafio*. Recurso difícil y comprometido que ayuda en el conocimiento propio. Cómoda también en su relación con el Eros y el Thanatos, recurrente en su poesía, instintos de los que mejores estudiosos de su obra ya se han ocupado. Coherente en su continua y

contundente defensa de la dignidad femenina. Una escritora, en fin, que pertenece a su tiempo, pero también a los tiempos pasados y futuros.

Quiero limitarme a abrirles boca aportando algún dato que considero necesario para que no se me distraigan entre poema y poema, unos leves apuntes a estos personajes.

Aquí, pues, el catálogo cronológico de esas putas de carne y hueso: Teodora de Bizancio (500-548), santa ortodoxa como santo su Justiniano esposo, meretriz y bizantina emperatriz (disculpen el ripio que no podía desaprovechar), la de *Leda y el cisne*, que para todo hay tiempo si una sabe organizarse; Madame de Pompadour (1721-1764), cortesana y amante de Luis XV, escandalosamente favorita a quien Fátima alude en el Parque de los Ciervos, burdel y picadero del rey; la Güera Rodríguez (1778-1850), criolla de numerosos amantes atribuidos (Simón Bolívar entre ellos) y símbolo de la independencia mexicana, por la que Fátima toma partido en su decentísima defensa ante la Inquisición; Julia Bulette (1832-1867), la que presumía de tener el mejor burdel en el Viejo Oeste americano de mediados del XIX y que de cabalgaduras sabía un rato, finiquitada a lo vil y a cuya ejecución del asesino, a falta de fútbol en aquel legendario Far West, asistió junto a otros cuatro mil espectadores el mismo Mark Twain, evocador de la Bulette y evocados a sus vez ambos por nuestra Fátima; Victorine Meurent (1844-1927), quizá puta de oficio, pintora enorme y repetida modelo de un Manet que se la traía en todos los sentidos, desde su genio pintor y su influencia impresionista a su sifilítico final; o mi sensual Anna Magnani (1908-1973), la de *Roma, ciudad abierta* de Rosellini, hija ilegítima y actriz de los mejores ojos. Remata la licenciosa alineación alguna prostituta ficticia, como la escandalosa Lady Chatterley de D. H. Lawrence, una desvirgada guerrera sármata y un marqués de Marigny que se calienta como un horno contemplando *Jeune fille couchée* de François Boucher.

Aquí el correspondiente inventario de las monjas: la abadesa Herrada de Hohenbourg (1125-1195), convertida en abeja en el *Jardín de las delicias*; la mística francesa Marguerite Porete (1250-1310) a quien *El espejo de las almas simples* le condujo por hereje al fuego de la hoguera; la dominica Juliana Morell (1594-1653), única mujer citada, creo recordar, en el paraninfo de la Universidad de Barcelona, pasaje al que acude Fátima en el tratamiento de sus versos; inevitable la presencia de Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) y mi compromiso de aceptarme necio en lo que toca; santa Teresa Benedicta de la Cruz (1891-1942), Edith Stein de nombre secular, judía, atea, católica convertida y mártir en Auschwitz de la locura nazi, a quien Fátima trata en su oración con una delicadeza exquisita; Simone Weil (1909-1943), mística cristiana que dejó un cadáver joven y a quien Fátima sitúa en un paisaje real con la columna Durruti en 1936, apenas un mes después del estallido de la Guerra Civil por aquel infame que respondía por Franco en las monedas y lo haya hecho ante Dios y ante la Historia; las Hermanas de la Orden de Maryknoll, cuatro monjas torturadas, violadas y asesinadas salvajemente en 1980 (el mismo año que Monseñor Romero) por los no menos infames escuadrones de la muerte salvadoreños y recordadas por Fátima en un

poema de vibrante pulsión social. Completan esta parte la estimulante composición *Por la tundra* y la orgásmica prosa poética *Himno al cuerpo amado*, un himno osado y sin complejos al cuerpo deseado y también al propio cuerpo, lujurioso y sexual (me he vuelto a poner rojo), iba a decir que sin pelos en la lengua, pero mejor me callo.

El registro, por último, de las locas, que se presentan ellas solas: la divina Juana I de Castilla (1479-1555), la loca por excelencia y de manual; el episodio de la cacería por histeria colectiva de las brujas de Salem (1692-1693); la pintora surrealista española Remedios Varo (1908-1963), huida del nazismo desde Francia a México; Goliarda Sapienza (1924-1996), actriz, inestable, ladrona y autora del póstumo *El arte del placer*; las poetisas Silvia Plath (1932-1963), suicidada con gas de mala manera, y su amiga Anne Sexton (1928-1974), que también dijo ahí os quedáis y acabó dándose al monóxido de carbono y cuya *Menstruación a los cuarenta* inspira a Fátima la suya a los cincuenta, pieza tan audaz o más que el ya citado *Himno al cuerpo amado*; la soprano norteamericana Lisette Oropesa, felizmente aún entre nosotros, y de quien la prensa dijo que enloqueció al Teatro Real de Madrid en 2018 con su violenta interpretación de Lucia de Lammermoor, obra maestra de Donizetti; la divina Ofelia, en fin, que no puede faltar en cualquier tratado sobre locas que se precie, sea la del mismo *Hamlet* de Shakespeare, la de Millais (mi favorita), la de Alexandre Cabanel o la de Carlos Ewebeck a la orilla del río, que es a la que se apunta Fátima. *Hueles a sándalo* es el poema de voluntaria reclusión de la donostiarra en este apartado.

En cualquiera de estas tres secciones y en todas ellas se evidencia el enorme bagaje cultural de Fátima Frutos que, fíjense, y es otro tanto a favor en autora tan explícita, no hace gala de ello a modo de exhibicionismo. Porque ningún valor tendría un intento de poesía sólo carnal, lascivo y procaz, orgánico, que no estuviera inmerso en una acendrada formalidad poética. Formalidad, sí, exactitud y consecuencia en las acciones, absoluto dominio del ritmo poético, manejo calibrado de los tiempos, máxima altura poética sin concederse rebajar un escalón la rigurosidad del verso. *Monjas, putas y locas* no puede construirse (ni siquiera acercarse a recrear cualquiera de sus atmósferas) sin unos probados pertechos poéticos como los que acopia nuestra autora. Me atrevo a decir que el libro tampoco sería posible, y me pongo serio como no me he puesto en todo el prólogo, sin un dolor físico que ella misma ha hecho público, valiente, como es ella, y sin rodeos. Los poetas somos manzanos y damos manzanas. No podemos dar otra cosa, no se nos debe exigir más ni meternos en lo que no sabemos.

Y que ahora, como dijera Claudio Rodríguez como colofón a su prólogo de mi querido Rafael Morales, *acaben ya estos ecos y comiencen las voces verdaderas*. Las de Fátima Frutos. Las que importan.

Alfonso Pascal Ros

28 de enero de 2019, a los 80 años de la llegada de Antonio Machado a Colliure